

LA CUESTIÓN SOCIAL

2

Nueva época. Año 30, n.2, julio-diciembre 2022

Documentos, ensayos, traducciones, comentarios, entrevistas, notas bibliográficas y reseñas de libros acerca de lo social



Sección TEMÁTICA: La sinodalidad soñada: entre la realidad y la esperanza

Diego Pereira Ríos • Uruguay

"Gente puente" en la historia de la Iglesia

María Teresa Ávila Fuentes • Italia-México

Foro SOCIAL: Notas sobre la Sinodalidad

Mauricio López Oropeza • Ecuador-México

La vida religiosa frente a la violencia

José Sols Lucia • España

La filosofía del derecho en la tradición judeocristiana

Carlos Martínez Loza • México

MISCELÁNEA: Reflexiones teológico-pastorales. De la situación social de América Latina después de la pandemia

Mons. Jaime Mancera Casas

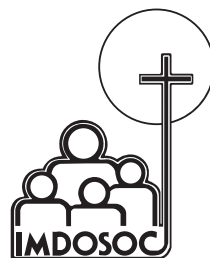
REVISTA DE PENSAMIENTO SOCIAL CRISTIANO

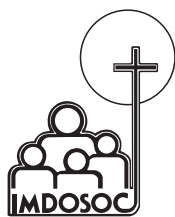


La cuestión social

Documentos, ensayos, traducciones, comentarios, entrevistas,
notas bibliográficas y reseñas de libros acerca de lo social

JULIO-DICIEMBRE DE 2022





Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana

DIRECTORIO

CONSEJO DIRECTIVO

PHV in memoriam

† Emmo. Sr. Cardenal Roger Etchegaray

PHV in memoriam

† Lorenzo Servitje Sendra

PHV in memoriam

† Salvador Domínguez Reynoso

Presidente

Constantino de Llano Marhx

Vicepresidentes

Javier Ballesteros de León

María del Pilar Mariscal Servitje

Directora

Karen Castillo Mayagoitia

Tesorero

Jesús Antonio Damián Basurto

Secretaría

María de la Paz Sáenz Sáenz

EQUIPO EDITORIAL

Editor en jefe

Gerardo Cruz González

Editora operativa

Verónica Morales

Junta editorial

Daniel Cuéllar Jasso, David Eduardo

Vilchis Carrillo, Verónica Morales

Gutiérrez, Saúl Pérez Herrera

Diseño

Alberto Nava

Corrección de estilo

Eva González Pérez

Portada: *Mosaico de Jesucristo
en el techo de la iglesia*, Cambridge,
Petr Kratochvil

La Cuestión Social es una publicación semestral editada y publicada por la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C., a través del Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, con dirección en Pedro Luis Ogazón n. 56, Col. Guadalupe Inn, CP 01020, México, CDMX, Tels. 56614465, 56614169. E-mail: contacto@imdosoc.org. www.imdosoc.org. Registro de correspondencia de 2a. Clase expedido en la Dirección General de Correos Publicación Periódica. Registro No. 129-93. Certificado de Licitud de Título y Contenido 17415. No. de Reserva al Título del Derecho de Autor 04-2019-100914003900-102. Registro ISSN en trámite. Distribución directa en el IMDOSOC. Los artículos publicados reflejan el punto de vista del autor y no necesariamente el de la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C. Esta edición de *La Cuestión Social* consta de 700 ejemplares y se imprimió en MG Advanced Prepress Technology, S.A. de C.V. Canal Leningrado Mz. 34 Lt. 12, Col. Insurgentes, 09750, Ciudad de México, Tel: 5690 0463, impvarel@hotmail.com. No se devuelven originales no solicitados. Distribución y suscripciones: Daria Flores Hernández, libreria@imdosoc.org. Precio del ejemplar: \$ 120.⁰⁰ Suscripción anual: \$ 220.⁰⁰

DIEGO PEREIRA RÍOS*

URUGUAY



La sinodalidad soñada: entre la realidad y la esperanza

RESUMEN

La sinodalidad es parte de la Iglesia que muchos cristianos y cristianas soñamos y que el papa Francisco viene impulsando: una iglesia donde la comunión entre todos se traduzca en una horizontalidad de hecho y derecho. En este trabajo, abordamos algunas problemáticas que consideramos como desafíos necesarios de afrontar con madurez y que necesitan ser concientizados para caminar con firme esperanza.

Palabras clave: sinodalidad, reforma, laicos, jerarquía, conciencia.

ABSTRACT

Synodality is part of the Church that many Christians dream of and that Pope Francisco has been promoting: A Church where communion among all is translated into a horizontality in fact and

* Profesor de Filosofía y Religión. Maestrando en Teología en la UCA de El Salvador. Docente en la Escuela de Teología para Laicos "San Juan Eudes" (Ecuador). Miembro de Amerindia (Uruguay). Libros de su autoría: *La fuerza transformadora de la esperanza* (Nueva Visión, 2016), *En un camino liberador desde el Sur* (Rumbo, 2020), *Teologías para um cristianismo libertador* (Senso, 2021), *Cuestiones de fe. Buscando caminos hacia Dios* (Pieco, 2022, en publicación).

in law. In this work we address some issues that we consider as necessary challenges to be faced with maturity and that need to be made aware of in order to walk with firm hope.

Keywords: synodality, reform, laity, hierarchy, conscience.

INTRODUCCIÓN

A pocos días de haberse cumplido un año de que el papa Francisco aprobó el “itinerario sinodal” ante la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (24 de abril de 2021), somos conscientes de lo mucho que nos falta para comenzar a vivirla. El Sínodo, que comenzó en septiembre de 2021 con la elaboración del Documento Preparatorio y el Vademécum, va guiándonos hacia el encuentro final en Roma de 2023. A nivel formal, este es el plan que debemos seguir, procurando un cierto avance en materia eclesial, pero sin duda nos falta mucho. El término *itinerario sinodal* del cual hace pocos años hemos escuchado con insistencia, desde la propuesta del Papa, es el tema central en sus discursos y catequesis; ha sido nombrado en algunos momentos de la vida eclesial, es tema de discusión o de compartir en las comunidades, pero aún no ha arraigado dentro de la comunidad cristiana.

Siguen las iniciativas para alentar la sinodalidad; por ejemplo, encuentros, reuniones diocesanas, parroquiales, comunitarias, congresos, foros, a partir de los cuales se intenta comprender su justificación. La sinodalidad, más que una idea, es una realidad manifestada como necesidad. Quizá aún muestra su presencia a partir de su ausencia, desde lo que deseamos que sea, pero que aún no es. Y esto es un desafío que nos implica paciencia. De todos modos, es necesario rescatar lo positivo de ello, justamente porque estamos viviendo un tiempo de renovación y de esperanzas, que han estado en el corazón de muchos y muchas dentro de la Iglesia desde hace años. Es normal que lleve tiempo, que cueste arraigarse. Necesitamos revisar algunos aspectos que consideramos que todos estamos viviendo, pero de lo

que no siempre hablamos y por ello aún nos falta tomar conciencia. Sin desvalorizar las diversas miradas acerca del tema, percibimos que no estamos dejando que el Espíritu hable en nosotros y que nos lleve de su mano hacia la sinodalidad que hoy necesitamos vivir.

A partir de esto, el presente trabajo surge de la preocupación por nombrar, por concientizar y transformar situaciones que aún vivimos dentro de la Iglesia, de modo que nos permitan avanzar en la propuesta de una Iglesia sinodal. Para ello, intentamos seguir el método teológico latinoamericano. En el *ver*, examinaremos algunas tensiones que vivimos y que son parte del camino: la situación actual de la Iglesia, los miedos que aún nos mantienen sin poder avanzar, el lugar del laico en este proceso, la necesidad de la superación del clericalismo, el papel fundamental del cambio de conciencia, el concepto de pueblo de Dios desde la eclesiología sinodal. El *juzgar* pretende hacerse desde algunos autores que vienen desarrollando una teología que profundiza en la necesidad de la reforma de la Iglesia, con algunos aportes del Magisterio de Francisco. El desafío está quizá en el *actuar*, que más específicamente lo proponemos como esperar, a partir de que, aun sin un rumbo muy fijo, creemos en que algo ya está cambiando en la conciencia de los cristianos y que dicho cambio surge de que muchos fieles tienen esperanza en otra Iglesia, en una Iglesia más sinodal.

LA TENSIÓN ECLESIAL EXISTENTE

Que la Iglesia atraviesa un tiempo de crisis es algo que todos sabemos. Pero esta crisis que hoy nos toca vivir parte de un desgaste de un modelo de Iglesia que cada vez más sigue mostrando sus contradicciones y limitaciones. El cambio epocal que experimentamos y que trastoca todas las dimensiones de la vida demuestra que es necesaria una reforma eclesial en la cual todos tengamos un lugar donde sentirnos realmente *en casa*. Ya no es viable ni aceptable una iglesia donde se siga viviendo la división entre una jerarquía que dirige y un laicado que sólo obedece. Los pasos que Francisco da en materia

de reforma, si bien son celebrados por una gran mayoría, aún tienen que luchar contra una resistencia a la transformación. La defensa de un modelo de iglesia al mando de unos pocos sigue causando una exclusión que, como afirma González Faus, “provoca en el pueblo de Dios un sentimiento de no-pertenencia, sin el cual difícilmente puede darse el sentido de responsabilidad, porque el hombre de las sociedades modernas sólo alimenta *sentimientos de pertenencia* allí donde goza de *experiencia de participación*”.¹

Muchos católicos vivimos en medio de tensiones que nos dividen desde hace siglos, debido a ciertas oposiciones entre posturas conservadoras y tradicionalistas, y otras más progresistas que procuran el tan deseado *aggiornamento* soñado por Juan XXII y planteado en el Concilio Vaticano II. Aún no tenemos claro qué debemos cambiar o lo qué podemos cambiar realmente. Lo innegable es que, si la Iglesia no cambia, perecerá. Pero, aun así, deberemos explicitar el sentido de su perecimiento. La Iglesia imperial y triunfalista de antaño es sólo una institución más dentro del conjunto de la sociedad. Y esto nos plantea desafíos profundos acerca de la posibilidad del cumplimiento de su misión, que es el anuncio del Evangelio a toda creatura.² Esto no está siendo, pues a menudo los propios cristianos somos piedra de tropiezo y roca de escándalo (1 Pe 2, 8) para otros, y nuestras divisiones desacreditan a la propia Iglesia. Aun así, existen quienes quieren permanecer en una Iglesia con características medievales. Pero esto ya no es sostenible pues, como afirma Forte, “ninguno tiene derecho al estancamiento o a la nostalgia del pasado, ya que el Espíritu es siempre vivo y operante, es la novedad de Dios y el señor del tiempo futuro”.³

En este tiempo de sinodalidad hay quienes se aferran a los dogmas, a la doctrina, a la tradición y a una obtusa interpretación de la Palabra de Dios, para seguir sosteniendo la necesidad de la antigua Iglesia

1 José Ignacio González Faus, *Otro mundo es posible... desde Jesús*, Santander, Sal Terrae, 2010, p. 266.

2 Cfr. LG 1.

3 Bruno Forte, *La Iglesia, icono de la Trinidad. Breve ecclesiología*, Salamanca, Sígueme, 1977, p. 66.

de la cristiandad. Ya en 1974, el teólogo alemán Karl Rahner aludía a los que buscaban frenar el impulso conciliar, y que pretendían fijar límites al cambio “lo más rápidamente posible mediante medidas administrativas de ‘restaurar’; en resumen, de iniciar la marcha hacia el *ghetto*, incluso aunque la Iglesia no llegue a ser entonces la ‘pequeña grey’ del evangelio, sino en el fondo una secta”.⁴ Es lo que vivimos hoy ante el impulso de una Iglesia sinodal promovida por el papa Francisco, quien en *Evangelii Gaudium* manifestó su sueño de transformación “para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda la estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual, más que para la preservación”.⁵

Quizá nos sigue faltando generar mecanismos de diálogos donde sea posible una cultura del encuentro que “significa que como pueblo [y como pueblo de Dios] nos apasiona intentar encontrarnos, buscar puntos de contacto, tender puentes, proyectar algo que incluya a todos”.⁶ Y esto sólo será posible en una mayor horizontalidad de las decisiones y en el trabajo por vivir una profunda renovación de la comunión sinodal, vivida entre todos los miembros de la Iglesia. “En la comunión sinodal, toda comunidad en la diversidad de sus miembros está convocada a orar, analizar, dialogar, discernir y aconsejar para colaborar en la toma de las mejores decisiones pastorales”.⁷ En este camino nadie puede sentirse fuera, nadie puede sentirse menos que nadie. Pero esto sigue siendo un desafío ante una mentalidad que nos remite a tiempos anteriores. La formación eclesial en todos sus aspectos (catequética, pastoral, teológica, litúrgica, universitaria, sacerdotal...) sigue manteniendo las diferencias del pasado que dificultan el cambio. Aún nos falta mucho para ser “la iglesia que se presente como una comunidad que vive, respeta y promueve los valores humanos y la libertad, como una comunidad independiente en

4 Karl Rahner, *Cambio estructural de la Iglesia*, Madrid, Cristiandad, 1974, p. 114.

5 EG 27.

6 FT 216.

7 AAVV, *Hacia el Sínodo Panamazónico. Desafíos y aportes desde América Latina y el Caribe*, Colombia, Amerindia, 2019, p. 71.

su toma de posición y generosa en su acción”.⁸ Y si esto todavía no podemos vivirlo dentro de la Iglesia, debemos reflexionar lo que estamos mostrando hacia afuera.

NECESITAMOS SUPERAR LOS MIEDOS

Hay algo que está en la naturaleza humana —y, por tanto, es muy difícil de evitar en estos tiempos de cambios—: el miedo. En este momento de la Iglesia, la sinodalidad causa un sinfín de miedos en todos los niveles eclesiales, y debemos atenderlo. Al activarse en el miedo, el ser humano se cierra a posibilidades de renovación, de nuevos horizontes. Esto se multiplica cuando el miedo se contagia y se comienza a vivir en torno a una comunidad. Allí el miedo deviene violencia y no respeto, por aquello que no logramos reconocer como positivo. Como dice un filósofo alemán actual, “se pueden desarrollar miedos en cada uno de los vectores del tiempo: se puede tener miedo al futuro, porque hasta ahora todo había funcionado bien; se puede tener miedo ahora, en estos momentos, del paso siguiente, porque la decisión a favor de una posibilidad representa siempre una decisión en contra de otra posibilidad; incluso se puede tener miedo al pasado, porque podría salir a la luz algo de uno que parecía olvidado ya hacía mucho tiempo”.⁹

El miedo está frenando el proceso de conversión sinodal para que podamos dar pasos más seguros hacia el futuro.

En el día de San José, 19 de marzo de este año, el cardenal Mario Grech, Secretario General del Sínodo de los obispos, y el arzobispo Lazzaro You Heung Sik, Prefecto de la Congregación para el Clero, envían a todos los sacerdotes del mundo un documento titulado *Carta a los sacerdotes sobre el proceso sinodal*.¹⁰ Los destinatarios fueron

8 Ronaldo Muñoz, *Nueva conciencia de la Iglesia en América Latina*, Salamanca, Sígueme, 1974, p. 362.

9 Heinz Bude, *La sociedad del miedo*, Barcelona: Herder, 2019, p. 13.

10 Sínodo 2021-2023, *Carta a los sacerdotes sobre el camino sinodal*, Ciudad del Vaticano, 19

justamente los sacerdotes de toda la iglesia católica, pero me animo a invitar a todos los laicos a leerlo. En el documento se habla de dos temores que pueden acuciar a los sacerdotes: el primero es el de la sobrecarga pastoral. Junto a todo lo que ya hacen los sacerdotes, ahora les toca ser animadores y promotores de la sinodalidad. La carta aclara que ya existen diversos modos de compartir y participar en esa tarea pastoral que los agobia. Los laicos comprometidos en la iglesia cumplimos desde siempre diversas funciones y servicios que procuran ser de ayuda a la tarea del clero. **Pero, sin duda, todavía adolecemos de mucho clericalismo.** Todavía dependemos muchos de los pastores para que la sinodalidad sea una realidad en nuestras comunidades.

El segundo temor planteado es aún más profundo. Versa sobre un viejo y conocido temor: el del poder. Porque —dice la carta—, “si se pone tanto énfasis en el sacerdocio común de los bautizados y en el *sensus fidei* del Pueblo de Dios, ¿qué será de nuestro papel como líderes y de nuestra identidad específica como ministros ordenados?” La sinodalidad es el nuevo soplo del Espíritu que busca que en la iglesia no haya distinciones de rango ni estamentos; pero esto implica que se revise la teología que fundamenta tanto el sacerdocio bautismal como el sacerdocio ministerial. Es constatable que, en nuestra realidad, muchos varones llamados al sacerdocio vivan un especial llamado vocacional, pero históricamente esto se ha magnificado al punto de una falsa conciencia de superioridad de los ministros ordenados frente al Pueblo de Dios. Congar afirmaba que “hemos vivido y aún vivimos conforme a la idea monoteísta pretrinitaria de Dios, que se refleja o prolonga en una visión monárquico-piramidal de la Iglesia con lo que se tiene una base sumisa y más o menos pasiva”.¹¹

Esta concepción de la Iglesia jerárquica y piramidal sigue siendo uno de los grandes obstáculos para la sinodalidad, porque genera mie-

de marzo de 2022 [en línea], <https://www.synod.va/es/news/carta-a-los-sacerdotes-sobre-el-camino-sinodal.html>

11 Yves Congar, *Un pueblo mesiánico*, Madrid, Cristiandad, 1976, p. 107.

dos de un lado y del otro. El documento de la Comisión Teológica Internacional, siguiendo la reforma que propone Francisco, afirma que, “en esta Iglesia, como en una pirámide invertida, el vértice se encuentra debajo de la base. Por eso, los que ejercen la autoridad se llaman ‘ministros’”: porque según el significado original de la palabra, son los más pequeños entre todos”.¹² Ojalá los ministros vivieran este llamado al servicio sintiéndose los más pequeños. Pero sabemos que no siempre es así, sobre todo en los clérigos. Junto con esta cita de la CTI, si analizamos la necesidad que llevó a escribir la carta a los sacerdotes, lo que vemos es que sigue habiendo una mentalidad de superioridad en la mayoría de los clérigos, pero no por sola decisión de ellos, sino que podemos percibirlo en la formación que siguen recibiendo, sostenida en documentos doctrinales y en las enseñanzas del Magisterio como, por ejemplo, la encíclica de Juan Pablo II *Pastores dabo vobis*. En ella se ensalza de tal manera el sacerdocio ministerial, que el sacerdocio real de los laicos queda indirectamente en un segundo plano.

Pero el problema del miedo no está únicamente en los sacerdotes. Sería injusto cargar sólo a ellos tanto la mentalidad jerárquica como el miedo a la sinodalidad. Los laicos y laicas tenemos una gran responsabilidad de asumir la parte que nos toca dentro de este proceso de transformación eclesial. Hoy necesitamos un impulso del Espíritu para ser más conscientes de que la Iglesia nos necesita y que tenemos gran parte de responsabilidad en el futuro de todos. En esto se nos juega la fe en un Dios liberador. Necesitamos renovar esta fe para superar los miedos. Una fe recta y bien cimentada colabora con el sentido crítico que necesitamos para examinar también nuestro proceder como pueblo fiel. Como dice el papa Francisco, “invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia”.¹³ Por eso, necesitamos renovar la fe personal y eclesial, para que no tengamos miedo de enfrentar las dificultades

12 CTI, *La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia*, 57.

13 LF 34.

que tenemos para el cambio, pues son como quistes que nos acompañan hace muchos años.

LA SITUACIÓN PARTICULAR DE LOS LAICOS

Aún nos falta enfrentar con más insistencia la situación de los laicos en la iglesia de hoy. Hay que quitarnos los miedos que aún cargamos, pero con una mirada esperanzadora. Si bien en la Iglesia teóricamente todos somos importantes, aún nos cuesta reconocer con humildad que en la práctica no es así, que todavía existe una marcada diferencia entre jerarquía y laicado. El laico tiene un lugar específico dentro del mundo, tan importante como el del sacerdote dentro de la Iglesia. Rahner afirmaba tajantemente:

La misión del seglar bautizado dentro de la misión de la Iglesia no es ni en primer término ni en último entretenerse piadosamente los domingos; no es tomar parte en la procesión de Corpus junto con los miembros más destacados de la parroquia, del partido o del catolicismo local; no es votar la candidatura católica; no es pagar pacientemente la contribución eclesiástica, sino que es la conciencia radical y que todo lo revoluciona, de que todo bautizado tiene una infinita misión como cristiano precisamente al encontrarse y vivir su profesión normal, en su familia, en su grupo, en su pueblo, en su estado, en su ambiente cultural humano, y de que esta misión consiste en hacer que se imponga allí el Reino de Dios de la verdad, del desinterés y del amor, y en hacer que de esta forma esté presente la Iglesia allí donde él está y donde sólo él puede estar, donde no puede estar representado por nadie, ni siquiera por el clero, y donde, sin embargo, se ha de realizar la Iglesia.¹⁴

Sin embargo, sigue discutiéndose dentro de la Iglesia el lugar que el laico debe o puede ocupar dentro de la estructura piramidal.

¹⁴ Karl Rahner, *Escritos de teología*, tomo VII, Madrid, Taurus, 1968, p. 367.

En este sentido, la sinodalidad vuelve a cuestionarnos acerca de la misión del laicado a partir de la realidad donde cada vez somos menos los cristianos, donde las parroquias se van vaciando de fieles, y donde la conocida estructura piramidal, o se abre al cambio por necesidad, o ve en ella un signo de los tiempos que nos revela que el Espíritu de Dios nos está diciendo algo. La gran mayoría en la Iglesia somos laicos y la jerarquía son la minoría, que debe estar al servicio del pueblo. Esta crisis ya fue percibida en el Concilio Vaticano II, donde nos hicimos conscientes del paso de una Iglesia de la cristiandad hacia un paradigma de la *Iglesia como pueblo de Dios* que es lo que hoy debemos recuperar y redescubrir. Pero, en esta nueva situación de una Iglesia laical “donde todos los bautizados se sientan responsables de la comunidad eclesial, todavía es un proceso lento; pero, además, esta toma de conciencia de la Iglesia del laicado va a conllevar una disminución de vocaciones al ministerio sacerdotal”.¹⁵ El problema está en que los laicos seamos conscientes de esta realidad donde la mayoría en cantidad implica una “mayoría de edad”, de madurez cristiana.

De lo dicho hasta aquí, se revela una nueva tensión para el laicado: ante la claridad de Rahner de afirmar que la misión del laico es en el mundo, en su vida cotidiana, de ser cristiano en los ambientes donde habita a diario, surge la preocupación por el lugar y las responsabilidades que hay que asumir dentro de la vida eclesial. El problema sigue siendo la confusión teológica entre Iglesia como *cuerpo de Cristo* (lo más importante) y la localidad a la cual se pertenece, a la parroquia o comunidad a la cual se asiste. Por ello, muchos laicos siguen procurando tener algún puesto o consideración de importancia dentro de las comunidades parroquiales. Muchos son los que procuran ganarse la simpatía del párroco para que se les dé un lugar de relevancia en la comunidad parroquial, o incluso algunos buscan ser reconocidos por medio de los distintos ministerios laicales. Hay una cierta mimetización psicológica del laicado que procura ser importante al modo como creen serlo los sacerdotes. El problema que surge con los laicos

¹⁵ Víctor Codina, *Una Iglesia nazarena*, Santander, Sal Terrae, 2010, p. 127.

que ocupan puestos de importancia dentro de la estructura eclesial es que “se perpetúan en los cargos, como si se tratara de un trabajo y no de un servicio a la comunidad, por lo que suelen ser muy clericales”.¹⁶

Lo que genera aún más confusión es que no está claro cuál es el papel del laico en este proceso sinodal, partiendo de que no estamos enfrentando el problema con toda la sinceridad que se necesita. Si esto no se hace, corremos el riesgo de que “o bien los laicos ya no se atreverán a tomar iniciativas, o bien las libertades reivindicadas en nombre del Espíritu serán sospechosas y reprimidas, como se ve por los muchos ejemplos que nos presenta la historia del cristianismo”.¹⁷ Necesitamos un mayor empoderamiento del laicado, no sólo para ocupar puestos de decisión en el gobierno, o ministerios dentro de la liturgia, sino que debemos crecer en la conciencia de que, si los laicos no cumplen su misión como tales, no están siendo fieles al Señor, quien desea que vivamos una vida en fidelidad a él. Sin la Iglesia, ningún laico habría conocido a Dios, pero nuestro ser Iglesia implica hacer presente el Reino de Dios con nuestra vida, allí en cada lugar donde estemos, reflejando el amor de Aquel que da sentido a nuestra existencia. Somos parte imprescindible de un todo que, sin el aporte de cada uno, no camina, no avanza hacia el encuentro final con Jesucristo.

EL CAMBIO DE CONCIENCIA SINODAL

El proceso de sinodalidad que estamos intentando vivir en estos tiempos, y desde donde surgen estas reflexiones, implica profundizar para modificar nuestra *conciencia eclesiológica*.¹⁸ El salto que

16 Ana María Bidegain, “Experiencias de sinodalidad en la Iglesia latinoamericana”, *La sinodalidad en la vida de la Iglesia* (eds. Rafael Luciani y María Pilar Silveira), Madrid, San Pablo, 2020, p. 206.

17 Joseph Moingt, *Dios que viene al hombre*, tomo II/2, Salamanca, Sígueme, 2011, p. 214.

18 Carlos María Galli, “La figura sinodal de la Iglesia según la Comisión Teológica Internacional”, *La sinodalidad en la vida de la Iglesia* (eds. Rafael Luciani y María Pilar Silveira), Madrid, San Pablo, 2020, pp. 17-40.

debemos dar hacia una forma de ser y sentir la Iglesia implica desestructurar las mentalidades para construir algo nuevo. No se trata de rechazar y modificar todo lo construido en cuanto historia y tradición de la Iglesia, sino de modificar —en términos aristotélicos— aquellos aspectos accidentales de la Iglesia, manteniendo su esencia, la cual nos viene desde Jesús y la primera comunidad cristiana. Son muchos los sacerdotes, religiosos y religiosas, junto con muchísimos laicos que ven en este impulso sinodal el miedo a un quiebre con la tradición.¹⁹ Ante esta necesidad, el mismo documento de la CTI afirma:

Una mentalidad eclesial plasmada por la conciencia sinodal acoge gozosamente y promueve la gracia en virtud de la cual todos los Bautizados son habilitados y llamados a ser discípulos misioneros. El gran desafío para la conversión pastoral que hoy se presenta a la vida de la Iglesia es intensificar la mutua colaboración de todos en el testimonio evangelizador a partir de los dones y de los roles de cada uno, sin clericalizar a los laicos y sin secularizar a los clérigos, evitando en todo caso la tentación de “un excesivo clericalismo que mantiene a los fieles laicos al margen de las decisiones”.²⁰

Siguiendo lo propuesto, no se trata de que los laicos entremos más en la estructura eclesial, ni tampoco que los sacerdotes estén más en el lugar de los laicos. El cambio necesario es otro: hacer que jerarquía y laicado sean parte de un todo sin distinción y trabajen en equipo en pos de la misión de la Iglesia.

El desafío que presenta esto no es fácil, si nos quedamos atados a una cierta obediencia que sigue limitando tanto al clero y la vida religiosa, como a los laicos respecto a un supuesto *lugar propio*. En cuanto a los laicos, la laicidad en la Iglesia “viene a significar libertad del

19 Incluso, frente al proceso sinodal que vive hoy la Iglesia alemana, algunos críticos conservadores —ayudados por una prensa del espectáculo— hablan de la posibilidad de un posible cisma, frente a las posiciones tomadas en las discusiones sinodales, respecto a temas que aún generan miedo en la Iglesia, como la homosexualidad o el sacerdocio femenino.

20 CTI, *La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia*, p. 104.

cristiano, primacía de la conciencia y de la motivación interior respecto a la observancia formal, responsabilidad de cada uno en orden al crecimiento de la comunidad hacia la plenitud de la verdad”.²¹ En este sentido, mucho más que obedecer ciegamente a los pastores, los laicos deben ejercer su libertad de opinión en todas las cuestiones que atañen a la vida de una comunidad religiosa, sea una parroquia o un movimiento, pero también en cuanto a las decisiones que impliquen la elección de las autoridades a nivel diocesano. Pero movernos de este lugar es un proceso muy difícil, pues quien hoy detenta el poder de la autoridad no quiere soltarlo. Esto es parte del lugar propio para el cual son formados los clérigos; cargan con esa obediencia que muchas veces los lleva a sentirse muy solos y agobiados, en lo que al ejercicio de poder refiere. Tenemos que arriesgarnos a ser libres y eso implica “dejar cauce a la conciencia, permitir una afloración de la razón para que por sí misma diga y exija, sin estar estructuralmente expresada en sistemas e instituciones; dejar que el sujeto se encuentre implantado en la realidad total”.²² Necesitamos tomar conciencia de esta realidad eclesial descrita.

Esto mismo es lo que Luciani, uno de los laicos más destacados del momento como promotor de la sinodalidad, intenta sembrar en la mayoría de sus escritos y conferencias. Refiriendo a *Lumen Gentium* (n. 30), afirma que un trabajo de profundización en su recepción colaboraría con lograr procesos de *sinodalización* en la Iglesia; es “el cambio de mentalidad que más vital y vivazmente habría que producir para generar relaciones más reales y acordes con un funcionamiento sinodal de las estructuras”.²³ Hablamos de superar las relaciones jurídicas o normativas para construir relaciones más fraternas, y más humanas. Esto exige de nosotros una responsabilidad también ante la humanidad: si no superamos los obstáculos que aún tenemos dentro de las relaciones eclesiales (si seguimos respetando solamente el “porque siempre se hizo así” o “porque así lo dice la Santa Madre

21 B. Forte, *op. cit.*, p. 56.

22 Olegario González de Cardedal, *El poder de la conciencia*, Madrid, Espasa Calpe, 1985, p. 50.

23 Luciani Rafael, “Del Sínodo sobre la sinodalidad a la sinodalización de toda la Iglesia”, *Iglesia Viva*, núm. 287, 2021, p. 120.

Iglesia” o porque se ve como falta de respeto llamarle la atención a un clérigo o una religiosa), ¿qué esperamos lograr en el mundo en cuanto al anuncio de la Buena Nueva de Jesús? ¿Qué credibilidad tendremos en el anuncio del Evangelio si no somos capaces de resolver los problemas de abuso de poder que vivimos como Iglesia?

Entendemos que la Iglesia es parte del mundo, y nosotros por estar en él sufrimos las mismas tensiones que toda la humanidad, pero no es esto una excusa aceptable en estos tiempos. Muchas veces endurecemos nuestro corazón cuando caemos en la tentación de poseer una verdad y queremos imponerla a otros. Por esa razón, el papa Francisco insiste en que debemos colocar todos nuestros esfuerzos en lograr la necesaria *cultura del encuentro*. En ella, “la amabilidad es una liberación de la crueldad que a veces penetra las relaciones humanas, de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída que ignora que los otros también tienen derecho a ser felices”.²⁴ Y esto debemos vivirlo dentro de la Iglesia, en cada comunidad, en cada diócesis, entre laicos y obispos, entre religiosas y sacerdotes. En esto justamente se revelará la sinodalidad: no solamente en disposiciones relatadas en documentos, no solamente en la organización de eventos para hablar sobre ella. El cambio de mentalidad sinodal implica un cambio en las prácticas institucionales donde “el pueblo de Dios pueda vivir y apoyarse y por las que pueda guiarse sin cesar. En concreto, exige estructuras sinodales en el sentido originario del término *sínodos*, que significa tanto ‘asamblea’ como ‘comunidad de camino’”.²⁵

LA URGENCIA DE SUPERAR LA JERARCOLOGÍA

Si bien podemos decir que la crítica a la organización jerárquica de la Iglesia siempre ha estado presente a lo largo de la historia, quizá en este tiempo esta crítica alcanza niveles tales que revelan la caducidad

²⁴ FT 224.

²⁵ Walter Kasper, *La Iglesia de Jesucristo*, Santander, Sal Terrae, 2013, p. 89.

de dicho sistema. Si queremos vivir una transformación que renueve nuestra esperanza en una puesta en práctica de la sinodalidad, es necesario seguir tomando conciencia de esta dimensión de la crisis. La cita de Congar a la cual aludimos anteriormente da cuenta de la concepción monárquico-piramidal de la Iglesia; se desprende del cómo se entendió el monoteísmo, de forma que eso dio la base para la organización jurídica. Siguiendo esta idea, afirma Schickendantz, acerca de que esta forma de comprender la Iglesia, “resaltado unilateralmente lo jurídico, y en él la ‘clase gobernante’, por así decir, quedaba opacada tanto la mirada más teológico-espiritual de la Iglesia como el amplio campo de la comunidad cristiana; un pueblo de Dios caracterizado ante todo por su pasividad. En síntesis, un ejemplar resultado de una teología de controversia”.²⁶

Luego que desde el inicio de su papado Francisco ha abogado y predicado incansablemente la idea de una transformación eclesial que descentralice el poder en la Iglesia, quizá justamente los grandes cambios a nivel canónico recién están llegando. Muestra de ello es la nueva Constitución *Praedicate evangelium*,²⁷ en la cual se modifica oficialmente el organigrama de la Curia romana.

De todas maneras, ahora queremos seguir ahondando en la mentalidad que sustenta esa idea de que la Iglesia fue fundada de forma orgánicamente jerárquica por el mismo Jesucristo. Los estudios históricos dan cuenta de que hasta el siglo II se vivió en gran parte una cierta colegialidad entre los obispos y el pueblo fiel, pero luego se personaliza y se sacraliza a partir de la imperialización del cristianismo. Con ello, apareció una jerarquía “que instituía en la Iglesia las relaciones no igualitarias entre las personas y que separaba en dos grupos según estuvieran habilitadas para ejercer funciones

26 Carlos Schickendantz, “Sinodalidad y la reforma de la Iglesia”, *La Reforma de la Iglesia en tiempos de discernimiento*, Montevideo, Amerindia, 2015, p. 229.

27 Constitución apostólica sobre la curia romana y su servicio a la iglesia en el mundo. *Praedicate evangelium* [en línea], https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_constitutions/documents/20220319-costituzione-ap-praedicate-evangelium.html

litúrgicas o les estuvieran prohibidas estas funciones”.²⁸ Esto sigue siendo un gran problema hasta nuestros días: los clérigos se sienten con mayor dignidad y con más poder religioso por ser parte del grupo que lleva adelante las celebraciones litúrgicas, y los laicos pecamos de indignidad por no ser parte de ese grupo. Dentro de cada fiel laico —y considero que también en la conciencia de cada sacerdote—, esto genera una gran contradicción que, al decir de Castillo, se refiere “a todos los que se consideran investidos de poderes, dignidades o categorías que se expresan mediante tratamientos, vestimentas, títulos, cosas en definitiva que reproducen lo que prohibió Jesús”.²⁹

Intentaremos revisar esta dualidad en la mentalidad eclesial que aún sostiene esta *jerarcológia*, a partir de un mínimo análisis de tres autores. El primero es Rahner, quien plantea la confusión histórica que se ha dado en la jerarquía, entendida como *esencia* auténtica de la Iglesia, y la jerarquía como su *estructura*. La esencia de los jerarcas es el servicio desinteresado, desentendido de toda coacción a aquellos que sirve, con el único fin de favorecer a la mayoría y no defender intereses particulares. Para Rahner, la Iglesia del futuro “en forma muy distinta de la del pasado, debe crecer en su contextura a partir de los grupos, libremente desarrollados desde abajo, de quien creen de forma personal por propia decisión”,³⁰ y no por decisiones verticales que generan obligaciones muchas veces inexplicadas. Esto tiene que ver con la pirámide invertida de la cual habla la CTI. En este sentido, Jon Sobrino habla de la jerarquía donde ella “tiene una función dentro de lo institucional, que además se concretiza en el cuidado directo de la unión y en la proclamación de aquellos contenidos al servicio de la unión cristiana”.³¹ Por eso, cuando la funcionalidad del poder no parte de la base de la pirámide invertida, con decisiones de carácter horizontal, la división de los dos grupos se agiganta e imposibilita la

28 J. Moingt, *op. cit.*, p. 209.

29 José María Castillo, *La humanización de Dios. Ensayo de cristología*, Madrid, Trota, 2010, p. 243.

30 K. Rahner, *Cambio estructural de la Iglesia*, p. 72.

31 Jon Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la eclesiología*, Santander, Sal Terrae, 1981, p. 233.

unificación de la estructura. La consecuencia lógica de esto siempre será la división y la polarización.

El último autor que traemos para acentuar este subtema es González Faus. Este autor refiere que, ante la propuesta de Iglesia como Pueblo de Dios promovida desde el Vaticano II, entre la jerarquía se fue afirmando una *Iglesia de la seguridad*, que procura justificar y magnificar los poderes que le han sido asignados. En primer lugar “la misma palabra *jerarquía* (poder sagrado) está totalmente ausente del Nuevo Testamento, y sólo entra en el lenguaje hacia el siglo V, desde el platonismo de Dionisio, el llamado *areopagita*”.³² Por lo tanto, el sentido que se confiere a la jerarquía en esta iglesia de la seguridad “pasa a designar únicamente a la autoridad eclesiástica y, a veces, exclusivamente al Papa”.³³ El problema sigue siendo que esta misma Iglesia de la seguridad —que existe en la conciencia de muchos cristianos, laicos y clérigos— no podrá cambiar mientras los feligreses no asuman la gran responsabilidad que tienen. Sin duda, esto llevará a un choque y nuevas crisis cuando los laicos se liberen de los miedos que describimos más arriba.

Debemos partir del Evangelio para seguir caminando en una sinodalidad que haga consciente a los laicos y laicas de la misión de sacudir esta conciencia eclesial, y que la conversión pasa por volver a las fuentes. El ejemplo de Jesús, quien no hizo distinciones de rango, ni asignó roles que no implicaran el servicio silencioso —y no pretencioso— es el camino más seguro que tenemos. Como afirma Castillo: “Jesús no fue sacerdote, ni funcionario del Templo, ni ostentó cargo alguno relacionado a la religión [...] Jesús fue un laico. Uno más entre los demás. Lo cual quiere decir que no admitió distinción alguna, ni privilegios de ninguna clase, ni posiciones que lo pusieran aparte o en situación preferencial en la sociedad de su tiempo”.³⁴

32 J. I. González Faus, *op. cit.*, p. 263.

33 *Ibidem*.

34 J. M. Castillo, *op. cit.*, p. 241-242.

Y Jesús, desde sus inicios, predicó la igualdad en dignidad de todos, ante Dios y ante los hombres; por eso, no es posible que sigamos en una Iglesia dividida entre los que mandan y los que obedecen como simples súbditos.

CAMINAR JUNTOS COMO PUEBLO DE DIOS

Debemos construir desde abajo esta reforma que urge promover —insistimos que no debe venir solamente desde la cúpula—, desde las pequeñas comunidades de base que siguen alimentando la vida de la Iglesia por influjo del Espíritu. El Espíritu nos habla, nos empuja, nos ayuda a ver por dónde seguir caminando. Como dice Becquart, “la sinodalidad, vivida con una profunda actitud de escucha al Espíritu y de discernimiento comunitario, es verdaderamente el camino de conversión pastoral personal y comunitaria”³⁵ Esta renovación en el modo de ser y de accionar de la Iglesia debe emerger en todo el pueblo de Dios y derramarse en todos los estamentos que aún no logran ver la novedad de la sinodalidad. De alguna manera, si podemos proyectar la continuidad de la misión de la Iglesia que viene desde el pasado, es decir, si queremos ser anunciadores de esperanza para el mundo, debemos vivir esto dentro de la Iglesia de una forma nueva y vivaz. Tiene sentido justamente que “ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto de amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios”³⁶

La concepción del *pueblo de Dios* desde la propuesta sinodal no implica sólo el cambio de estructuras organizacionales, sino que tiene que ver con una vivencia efectiva de la comunión y la fraternidad “fundadas en la participación de todos los creyentes en la única realidad salvífica, en el único Espíritu Santo y en la misión común a

35 Nathalie Becquart, “La sinodalidad, un camino de conversión comunitaria”, *Razón y Fe*, t. 283, núm. 1450, 2021, p. 176.

36 EG 114.

toda la Iglesia”.³⁷ Allí debe estar el acento de nuestra preocupación por la transformación eclesial. Pero sin duda la iglesia de este tiempo debe revelarse cada vez más laical y menos clerical, donde más laicos nos comprometamos con la misión de anunciar el Evangelio de forma activa, y salir de la situación de pasividad. Esto implica que la Iglesia asuma al valor de la laicidad del mundo, asumida en una sana eclesiología que procura ser un impulso de apertura que exigirá nuevas formas de similares responsabilidades para todos. Para Forte, necesitamos efectivizar “la eclesiología del diálogo y del servicio [que] no es pérdida de identidad de la Iglesia, sino el encuentro de esa identidad en el nivel más alto, propio de la exigencia evangélica de perder la propia vida para salvarla”.³⁸

Si todos los que conformamos la Iglesia somos el pueblo de Dios que peregrina por el mundo, debemos seguir ahondando en la teología que sostiene tal principio para erradicar cada vez más las diferencias que aún nos dividen. En palabras de Küng:

Si la Iglesia se entiende como pueblo de Dios, es patente que la Iglesia no consistirá jamás sólo en una clase o casta determinada, sólo en una autoridad o una camarilla de dirigentes dentro de la congregación de los creyentes. Iglesia será siempre y dondequiera todo el pueblo de Dios, toda la *ekklesia*, toda la comunidad de los creyentes. Todos son linaje escogido, real sacerdocio, pueblo santo. Todos los miembros de este pueblo de Dios han sido llamados por Dios, justificados por Cristo y santificados por el Espíritu Santo. En esto son todos iguales en la Iglesia, y todos los miembros de este pueblo de Dios son invitados por el mensaje de Jesucristo a la fe, a la obediencia y a la entrega total al amor.³⁹

Y por este mismo amor que debemos a la Iglesia como parte de su pueblo, debemos regenerar la formación en todos sus aspectos para

37 W. Kasper, *op. cit.*, p. 90.

38 B. Forte, *op. cit.*, p. 60.

39 Hans Küng, *La Iglesia*, Barcelona, Herder, 1968, p. 152.

que esto sea realmente comprendido y vivido. La sinodalidad quiere ser justamente este impulso del Espíritu que viene a corregir lo que el hombre ha corrompido. Por ello, tiene sentido hablar de la sinodalidad como *dimensión constitutiva* de la Iglesia, pues sin ella no es posible ser Iglesia.

Caminar juntos, codo a codo, en ayuda mutua, en una comunión no sólo en teoría, sino vivida en la práctica concreta de la pastoral, colaborando unos con otros para enfrentar las diversas dificultades: es parte de lo que soñamos con la sinodalidad. Una Iglesia donde los clérigos puedan dedicarse a su misión concreta, sin caer en la autosuficiencia y dejándose acompañar humana y espiritualmente por los laicos. De la misma manera, los laicos y laicas debemos bajar del pedestal en el cual colocamos a los sacerdotes, sin desmerecer el don que han recibido y compartir con ellos nuestras luchas y alegrías. De esta manera, juntos, como verdadero pueblo de Dios, podemos responder más fielmente al mandato de Jesús en miras a la misión como pueblo de Dios. Con la sinodalidad, se caracteriza “la dinámica específica del camino de la Iglesia en la historia como expresión adecuada de aquel sujeto comunitario escatológicamente instituido en Jesucristo y su Espíritu como pueblo de Dios consagrado a dar testimonio de la venida del Reino entre todos”.⁴⁰ Como dice Francisco, “en esto consiste también el gozo de creer, en la unidad de visión en un solo cuerpo y en un solo espíritu”.⁴¹

CONCLUSIÓN: ABRAZAR LA SINODALIDAD CON ESPERANZA

Al terminar este breve examen sobre algunos aspectos de la realidad eclesial, el lector podría terminar con una mirada negativa, poco esperanzadora. Somos testigos, por un lado, de que todo lo expuesto aquí es parte de la realidad; por otro, de que desde hace muchos años la Iglesia mantiene una misma forma de ser, lo que con frecuencia nos impide creer en un cambio efectivo. Pero como dice Francisco en

⁴⁰ C. Schickendantz, *op. cit.*, p. 221.

⁴¹ LF 47.

Fratelli Tutti: “Busquemos a otros y hagámonos cargo de la realidad que nos corresponde sin miedo al dolor o a la impotencia, porque allí está todo lo bueno que Dios ha sembrado en el corazón del ser humano. Las dificultades que parecen enormes son la oportunidad para crecer, y no la excusa para la tristeza inerte que favorece el sometimiento. Pero no lo hagamos solos, individualmente”.⁴²

Y el propio Francisco nos da la clave: no podemos hacer de la sinodalidad un camino de esfuerzos personales y aislados, sino que debemos hacerlo juntos y juntas, con otros y otras, con tantos y tantas que sueñan con otra Iglesia posible. Debemos unificar esos deseos individuales que existen en el corazón de muchos cristianos y comenzar a tejer una red de esperanza por la cual podamos caminar juntos, e incluso, saber que si nos caemos en el camino seremos sostenidos por los que están con nosotros.

Necesitamos abrir el corazón para que el Espíritu infunda su soplo santificador y purifique las nociones anticuadas en la forma de entender la Iglesia, renovando nuestra fe para que nos quite del individualismo y los partidismos, y podamos creer en grande, en sentido de una totalidad que abraza el don de la fe en el Dios de nuestro Pueblo. De nuevo Francisco nos alienta: “La fe tiene una configuración necesariamente eclesial, se confiesa dentro del cuerpo de Cristo, como comunión real de los creyentes. Desde este ámbito eclesial, abre al cristiano individual a todos los hombres. La palabra de Cristo, una vez escuchada y por su propio dinamismo, en el cristiano se transforma en respuesta, y se convierte en palabra pronunciada, en confesión de fe”.⁴³

Y esta confesión de fe, que surge de una conciencia eclesial donde logramos unificar sentires comunes, y por la cual reconocemos la necesidad de la unidad, va construyendo esperanza. Para nosotros, esa esperanza está puesta hoy en la propuesta de una Iglesia sinodal.

⁴² FT 78.

⁴³ LF 22.

Una iglesia que coloque en el centro a Dios, manifestado en Jesús, y que el Espíritu nos anima a seguir su ejemplo en su forma igualitaria y fraterna de ejercer su ministerio. Una Iglesia así es la que deseamos con esperanza.

Podemos abrazar esta esperanza si crece en nosotros el sentido crítico ante nuestra realidad eclesial, que nos revela la necesidad del cambio, de reconfigurar los fundamentos. Ante este desafío, debemos confiar en que no estamos solos: Dios está con nosotros y podemos dejarlo hablar en cada discípulo y discípula de Jesús. De esta manera, podemos experimentar la dimensión espiritual del Cuerpo místico de Cristo, que se nos revela mucho más patente cuando cada miembro está en comunión con los demás. Como decía Moltmann: “La corporeidad, que aparece así a propósito de la esperanza, es, evidentemente, el punto de apoyo para la solidaridad de los creyentes con la creación entera, que, lo mismo que ellos, está sometida a la nulidad, pero tiende a la esperanza”.⁴⁴

Todo el cuerpo se fortalece y crece en esperanza cuando lo hacemos de cara a Dios, bajo el principio de la misericordia y de fraternidad. Siempre existirá el peligro de que las fuerzas de cambio choquen y se anulen con las que quieren permanecer igual; pero esto no limita la esperanza impulsada por Dios en nuestra humanidad.

Desde cualquier perspectiva que la miremos, la sinodalidad es un hecho, una realidad, incluso más importante que la idea.⁴⁵ Por ello, tarde o temprano, más acá o más allá, la Iglesia que está revelándose en este tiempo de la historia, ya está naciendo de un impulso del Espíritu de Dios que nos habla. El mismo Dios de Israel que habló por medio del profeta Isaías cuando proclamaba “miren que realizo algo nuevo, ya está brotando, ¿no lo notan?” (Is 43, 19), habló también al apóstol Juan en sus revelaciones diciéndole “Mira, yo hago nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5) y, hoy a nosotros, nos está hablando y nos

⁴⁴ Jürgen Moltmann, *Teología de la esperanza*, Salamanca, Sígueme, 2006, p. 279.

⁴⁵ Cfr. EG 231-233.

dice que una nueva Iglesia está naciendo, ¿acaso no lo notamos? ¿No ha sido Francisco la respuesta a tantos reclamos que desde el Concilio Vaticano II se vienen manifestando? Tenemos una firme esperanza de que este camino traerá como fruto la purificación de la Iglesia, la caída de tantas ideas que debemos *aggiornar* y que el cristiano del siglo XXI es cada vez más consciente de su responsabilidad ante ella. Ello redundará en una Iglesia nueva, más humana y también más divina. La ascensión de la humanidad en la que estamos nos ayudará a reunificar nuestras esperanzas y colocarlas en el Señor, quien es el dueño de la historia.

REFERENCIAS

- AAVV, *Hacia el Sínodo Panamazónico. Desafíos y aportes desde América Latina y el Caribe*. Colombia: Amerindia, 2019.
- Becquart, Nathalie, “La sinodalidad, un camino de conversión comunitaria”, *Razón y Fe*, t. 283, núm. 1450, 2021, pp. 175-183.
- Bidegaín, Ana María, “Experiencias de sinodalidad en la Iglesia latinoamericana”, *La sinodalidad en la vida de la Iglesia* (eds. Rafael Luciani y María Pilar Silveira), Madrid, San Pablo, 2020, pp. 187-212.
- Bude, Heinz, *La sociedad del miedo*, Barcelona, Herder, 2019.
- Castillo, José María, *La humanización de Dios. Ensayo de cristología*, Madrid, Trota, 2010.
- Codina, Víctor. *Una Iglesia nazarena*, Santander, Sal Terrae, 2010.
- Comisión Teológica Internacional, *La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia*, 2018.
- Congar, Yves, *Un pueblo mesiánico*, Madrid, Cristiandad, 1976.
- Forte, Bruno, *La Iglesia, icono de la Trinidad. Breve ecclesiología*, Salamanca, Sígueme, 1977.
- Francisco, *Carta encíclica Lumen Fidei: sobre la fe*, Bogotá, San Pablo, 2013.
- Francisco. *Exhortación apostólica: Evangelii Gaudium: sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual*, Bogotá, San Pablo, 2013.
- Francisco, *Carta encíclica Fratelli tutti: sobre la fraternidad humana y la amistad social*, Ciudad del Vaticano, Editrice Vaticana, 2020.
- Galli, Carlos María, “La figura sinodal de la Iglesia según la Comisión

- Teológica Internacional”, *La sinodalidad en la vida de la Iglesia* (eds. Rafael Luciani y María Pilar Silveira), Madrid, San Pablo, 2020, pp. 17-40.
- González de Cardedal, Olegario, *El poder de la conciencia*, Madrid, Espasa Calpe, 1985.
- González Faus, José Ignacio, *Otro mundo es posible... desde Jesús*, Santander, Sal Terrae, 2010.
- Kasper, Walter, *La Iglesia de Jesucristo*, Santander, Sal Terrae, 2013.
- Küng, Hans, *La Iglesia*, Barcelona, Herder, 1968.
- Luciani, Rafael, “Del Sínodo sobre la sinodalidad a la sinodalización de toda la Iglesia”, *Iglesia Viva*, núm. 287, 2021, p. 120.
- Moingt, Joseph, *Dios que viene al hombre*, tomo II/2, Salamanca, Sígueme, 2011.
- Moltmann, Jürgen, *Teología de la esperanza*, Salamanca, Sígueme, 2006.
- Muñoz, Ronaldo, *Nueva conciencia de la Iglesia en América Latina*, Salamanca, Sígueme, 1974.
- Rahner, Karl, *Escritos de teología*, tomo VII, Madrid, Taurus, 1968.
- _____, *Cambio estructural de la Iglesia*, Madrid, Cristiandad, 1974.
- Schickendantz, Carlos, “Sinodalidad y la reforma de la Iglesia”, *La Reforma de la Iglesia en tiempos de discernimiento*, Montevideo, Amerindia, 2015.
- Sobrino, Jon, *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la eclesiología*, Santander, Sal Terrae, 1981.